

francés por el Norte del Africa. Despues de varios años de vacilaciones y dudas, habíase decidido el gobierno francés á ocupar todo el territorio de la antigua regencia argelina, que comprendia tambien la provincia de Oran, de la cual era, como ya dijimos en su lugar, soberano absoluto el famoso emir Abd el-Kader. El gobierno encargó la mision de someter á la Francia todo aquel territorio al veterano general Bugeaud, que habia hecho su aprendizaje de la guerra irregular combatiendo con las guerrillas españolas, y contaba con jefes como Baragnay d'Hilliers, Bosquet, Canrobert, Mac-Mahon, Pelissier, Randou, Vaillant, Bedeau, Cavaignac, Changarnier y Lamoricière, prácticos ya en la guerra contra las tribus africanas. Bugeaud, para poder competir con el enemigo, organizó gran número de columnas volantes sin impedimenta ni artillería, que dirigidas con talento y llenas de arrojo, se hicieron pronto terribles para los argelinos. Abd-el-Kader hizo esfuerzos desesperados para rechazar y desalentar á los franceses, excitó el fanatismo religioso y el amor á la independencia de todos los naturales; pero al fin perdió su causa, y el 16 de mayo de 1843 sorprendióle en su campamento el jóven duque de Aumale, hijo de Luis Felipe, con su division y lo arrojó con pocos fieles al territorio marroquí, del cual los franceses ocuparon algunos distritos en la orilla derecha del Tafna. No obstante que los límites de Marruecos no estaban por aquella parte bien deslindados, el sultan Abd er Rahman no perdonó á los franceses, y permitió que Abd-el-Kader invadiera con una hueste de partidarios suyos el territorio ocupado por sus enemigos, y que un destacamento de marroquíes atacara la division de Lamoricière cerca de Lalla Majrania. Bugeaud pidió satisfaccion, y habiéndosele negado penetró en el imperio de Marruecos y venció al ejército marroquí cinco veces mas numeroso, en una batalla campal á orillas del Isly, el 14 de agosto de 1844, mientras el príncipe de Joinville por la parte del mar bombardeó á Tánger y tomó á Mogador. En medio de esta carrera victoriosa la Inglaterra impuso su veto diciendo que consideraria toda ocupacion permanente de cualquier punto del territorio marroquí como caso de guerra, y á consecuencia de esto la Francia se contentó con una rectificacion insignificante de la frontera y la obligacion impuesta al sultan de disolver su ejército y de internar á Abd-el Kader.

El general Bugeaud no era solamente buen general sino tambien excelente agricultor, y apenas hecha la paz dedicóse á organizar el país conquistado, para hacerlo productivo y próspero en cuanto lo permitieran sus relaciones, siempre agrias, con el gobierno de su patria, sin que estos trabajos pacíficos le impidiesen escarmentar á las tribus indómitas berberiscas de las sierras. Entre ellas estableció, en efecto, el dominio francés, no sin emplear á veces medidas inhumanas como cuando el coronel Pelissier exterminó toda la tribu de los Uled Rias, hombres, mujeres y niños, asfixiándolos con humo en la cueva de Dará, en la cual se habian ocultado, hecho cuya responsabilidad tomó sobre sí Bugeaud. Este acto le atrajo la execracion de todas las naciones civilizadas, y así lo dió tambien lord Palmerston á sus electores en Tiverton, si bien en toda esta indignacion se reflejaba por parte del gobierno inglés una buena dosis de envidia por los progresos de los franceses en Africa.

## CAPITULO IV

## ROMPIMIENTO DE LA INTELIGENCIA CORDIAL

A pesar de los esfuerzos laudables y sinceros del gabinete inglés en favor de la conservacion de la paz europea, Luis Felipe con sus travesuras desleales destruyó la cordial inteli-

gencia en los asuntos de España, teatro antiguo de la rivalidad entre Francia é Inglaterra.

Este país desgraciado apenas hubo salido de la guerra civil cuando las disensiones de los vencedores lo volvieron á precipitar en una nueva era de confusiones, haciéndole objeto y víctima de la lucha de los partidos y de las intrigas de las cortes extranjeras. Cuando Espartero, mediano general y mas mediano en política, pero rodeado de todo el brillo de la victoria, echó su espada en la balanza á favor de los progresistas, la reina Cristina, que protegía al partido moderado, se retiró á Francia, el 12 de octubre de 1840, como ya dijimos en otro capítulo, y las cortes nombraron regente del reino al general Espartero. Luis Felipe, para vengarse de la caida de la reina madre y de la influencia francesa, que con ella habia sucumbido tambien, dió orden á su nuevo embajador en Madrid de presentar sus credenciales, no al nuevo regente, que representaba al trono durante la menor edad de Isabel II, sino personalmente á la jóven reina. Así principió la hostilidad del gobierno francés contra España. El partido progresista, inepto y apasionado, no supo sostenerse en el poder; una coalicion de los partidos extremos, dirigida por Prim y por Narvaez, derribó á Espartero, el cual, en julio del año 1843, tuvo que salir del país y retirarse á Inglaterra. La coalicion vencedora evitó el nombramiento de un nuevo regente declarando á la jóven reina mayor de edad. Narvaez, el jefe del partido moderado, se desembarazó de sus aliados los liberales avanzados, formó un nuevo ministerio y gobernó con una nueva constitucion, promulgada en 25 de mayo de 1845, con algunas interrupciones, hasta principios del año 1851. Con la subida de Narvaez al poder regresó la reina madre á España, y con ella la influencia francesa, y volvieron las intrigas, que esta vez fueron suscitadas por la cuestion del casamiento de la reina Isabel (1).

La reina madre habia hecho sondear el terreno en la corte de Viena para casar al jóven archiduque Alberto con su hija, casamiento apoyado vivamente por el rey de Prusia; pero la proposicion fué rechazada, lo cual dejó el campo libre para sus intrigas y sutilezas al taimado Luis Felipe, que ardía en deseos de casar á uno de sus hijos con la reina de España, imitando la política de Luis XIV. La primera indicacion que Guizot hizo de este proyecto al gobierno inglés encontró en él un veto absoluto, y la misma suerte tuvo el proyecto modificado, segun el cual la reina debía casarse con su primo el infante don Francisco, duque de Cádiz, y solo su hermana menor, la infanta doña Luisa, con un hijo de Luis Felipe, el duque de Montpensier. El rey y su ministro Guizot encontraron una valiosa aliada en la reina madre, tan adicta á su familia, que era la de Borbon, práctica en todas las intrigas y que necesitaba el apoyo de la Francia para sostenerse en Madrid. La reina Cristina habria deseado casar ambas hijas respectivamente con Aumale y Montpensier, pero esto no lo pudo aceptar Luis Felipe porque los gobiernos de Inglaterra y Austria le habian avisado previamente que no permitirian se violara el tratado de Utrecht. En cambio Luis Felipe sentó por principio, como jefe de la familia de Borbon, pues así le gustaba considerarse, que la reina Isabel habia de casarse con un Borbon, á fin de que el trono de España quedara en la familia. Ahora bien, siguiendo este principio solo entraban en consideracion dos Borbones, los infantes Francisco y Enrique, primos herma-

(1) Véase Hillebrand, tomo II, págs. 617 y siguientes.—Martin, tomo I, págs. 341 y siguientes.—La defensa de Bulwer en su obra: *Vida de Palmerston*, tomo III, págs. 177 y siguientes, y en la revista: *Quarterly Review*, 1868, tomo CXXIV, págs. 124 y siguientes.—Guizot, *Mémoires*, tomo VIII, págs. 2 y siguientes; y por los documentos importantes que contiene la *Revue rétrospective*, números 2 hasta el 28.

nos de la reina, el primero débil de cuerpo y alma, con pocas esperanzas de tener sucesión, y el segundo desterrado de la corte por haberse afiliado entonces al partido progresista y estar acusado de haber tomado parte en conspiraciones. De suerte que dando á Isabel por esposa al primero, quedaba la esperanza de que casando á la hermana de la reina con el duque de Montpensier, heredaría el trono de España á la muerte de Isabel un nieto de Luis Felipe. Otros Borbones casaderos había, á saber, el conde de Trápani, infante de Sicilia, tío de la reina Isabel y hermano de la reina madre pero veintinueve años más joven que esta, y que no podía entrar en lista por la aversión nacional con que los españoles miraban á la familia real de Nápoles. Otro primo, el conde de Montemolin, hijo de don Carlos, el pretendiente, tampoco era aceptable por la incompatibilidad de los principios que representaban él y la reina Isabel; de modo que en realidad solo quedaba el citado infante don Francisco.

En la segunda visita de la reina de Inglaterra á Eu, Luis Felipe no solamente había ocultado este plan sino que había asegurado expresamente que no quería saber nada del casamiento de su hijo Montpensier con la infanta Luisa mientras se le pudiese atribuir carácter político, es decir, en tanto que la reina no estuviese casada y tuviera sucesión. Tan formal pareció esta promesa que el ministerio inglés, representado por Aberdeen, ministro de Negocios extranjeros, creyó superfluo pedir otras garantías, quedando perfectamente entendido que la reina Isabel sería libre de escoger su esposo, con tal que no recayese su elección en un príncipe de Orleans. El embajador inglés en Madrid, accediendo al deseo de la reina madre, hizo llegar á Lisboa y á manos del padre del rey de Portugal, don Fernando de Coburgo, una carta en la cual aquella señora le ofrecía para su hijo Leopoldo la mano de su hija Isabel, y si bien el gobierno inglés, de acuerdo con la familia Coburgo, desaprobó esta imprudencia de Bulwer, bastó el desliz para que Luis Felipe hiciera declarar por su embajador en Londres que desde el instante en que «pareciera probable, ó solo amenazara,» el casamiento de la reina Isabel con el príncipe Leopoldo u otro que no fuera Borbon, se consideraría desligado de todo compromiso relativo á este asunto. El embajador francés en Madrid, Bresson, el mismo que había arreglado el casamiento del duque de Orleans con la princesa de Mecklemburgo, recibió orden, en 5 de julio de 1846, de activar á todo trance los dos casamientos, el de la reina con su primo don Francisco y el de la infanta Luisa con el duque de Montpensier. Favoreció mucho la realización de este doble proyecto el cambio de ministerio en Inglaterra, siendo el entrante presidido por Palmerston, que era protector decidido del partido progresista español y por consiguiente de Espartero. El temor de que volviera y de que la reina Cristina tuviese que emigrar otra vez, decidió á esta á dar su consentimiento para los dos matrimonios, bajo la seguridad de la palabra del embajador francés, que le garantizó la adhesión de su soberano; pero Luis Felipe, que había prometido solemnemente á la reina de Inglaterra, en Eu, no tratar del casamiento de su hijo hasta que la reina estuviese casada y tuviera sucesión, no quiso figurar á la faz de todo el mundo como informal é hipócrita, y encargó á Guizot, como ministro de Negocios extranjeros, que declarase oficialmente que el embajador se había excedido de sus instrucciones. «Nunca he engañado á nadie, escribió á Guizot, y no principiaré ahora por contribuir á engañar á nadie bajo mi nombre... No quiero que se me pueda censurar por haber hecho contraer por otro en mi nombre un compromiso que ni puedo ni quiero cumplir y que expresamente había prohibido.» Estando así las cosas, bastó una palabra inocente de lord Palmerston para dar al rey Luis Felipe el pretexto,

bueno ó malo, que buscaba para proceder según su corazón deseaba. Palmerston, ignorando todavía las intrigas y el pacto concertado entre la reina madre María Cristina y el embajador francés, había dirigido al embajador inglés Bulwer, en Madrid, un despacho en el cual confirmaba la resolución del gobierno inglés de no intervenir en el casamiento de la reina Isabel, que podía escoger libremente entre sus dos primos y el príncipe de Coburgo, pero que á él le parecía el más adecuado el infante don Enrique, por sus tendencias progresistas; á lo cual añadió una crítica acerba del régimen del partido moderado, autorizando al embajador para dar copia del despacho al embajador francés. Esta crítica fué para la reina Cristina y el ministerio moderado una especie de aviso de que la Inglaterra fomentaba una revolución progresista, y el rey de Francia se dió prisa á aprovechar la mención del príncipe de Coburgo en el despacho para interpretarla como una indicación de que el gobierno inglés protegía á este candidato contra su promesa de neutralidad. Escribió, pues, á Guizot: «No he esperado nunca otra cosa de lord Palmerston, pero no creí que arrojaría la máscara tan presto. Ahora parece que debemos pagar esta treta con otra.»

Faltaba solamente vencer la aversión instintiva de la joven reina, la víctima verdadera de estas intrigas, y se dice que Bresson lo consiguió en la embriaguez de una orgía nocturna (1), y el 10 de octubre efectuáronse los dos casamientos, primero el de la reina con su primo y después el de la infanta Luisa con el hijo de Luis Felipe. Guizot al comunicar este hecho á la cámara de los representantes dijo con orgullo: «El doble casamiento español es el primer gran éxito europeo que desde 1830 hemos realizado nosotros independientemente de las demás cortes.» Luis Felipe, con la torpeza del culpable, encargó á su esposa que comunicara á la reina de Inglaterra, como un simple suceso particular de familia, el casamiento, lo cual la reina hizo en el tono más cariñoso é ingenuo, preguntando á renglón seguido si los melocotones que había enviado á la reina Victoria habían llegado en buen estado. La reina Victoria contestó con dignidad glacial, recordando lo prometido en Eu, expresando el sentimiento que le había causado la noticia y concluyendo con estas palabras sangrientas: «Suplico á V. M. que me dispense si en este momento le hablo de política, pero deseo poder decir que siempre he sido sincera con V. M.»

La inteligencia cordial había concluido. Palmerston calificó también cruelmente la conducta de Luis Felipe, diciendo que era el primer ejemplo de haber faltado un rey de Francia á su palabra, y todo el mundo, todos los hombres de Estado le dieron la razón. Hasta Metternich escribió á lord Normanby, el nuevo representante de Inglaterra cerca del gobierno francés: «Diga V. al Sr. Guizot que impunemente no se usan tretas pequeñas con potencias grandes. El ya sabe cuán poco caso hago yo de la opinión pública, y que con ella no cuento, pero no por eso deja de producir sus efectos. Inglaterra ha hecho todo cuanto ha podido para disponer la opinión pública á favor de Luis Felipe, y lo que ha hecho lo puede deshacer. En el momento en que el rey pierda este apoyo se encontrará expuesto á la guerra, y una dinastía como la suya no puede resistir á una guerra.»

Metternich había dicho en el fondo la verdad. Como impulsado el rey de los franceses por la fatalidad, había rechazado con su fría é inmoral política al único aliado positivo con que había podido contar en buena lógica. La pasión del padre de familia había ofuscado la serenidad de juicio y acallado las

(1) No es verdad. La reina Isabel tenía entonces 15 años; dejaba hacer á su madre y no asistía á orgías. (N. del T.)

razones del hombre de Estado, y había errado el camino, porque aquellos casamientos, que según su cálculo debían dar nuevo lustre á su dinastía, fueron el primer paso hacia su caída. Desde entonces, en cualquiera parte donde se encontrasen los dos países, debían verse los efectos de la amistad tan ligeramente sacrificada. Cuando el general Saldanha en Portugal anuló la constitución y la reemplazó con su dictadura militar, contando con el apoyo del gobierno francés y del partido moderado español, creyó Luis Felipe anular la influencia inglesa en Lisboa; pero al instante el gobierno inglés hizo comprender á la reina de Portugal, María de la Gloria, que la Inglaterra no apoyaría el desgobierno de aquel reino ni permitiría que lo apoyara España. Habiendo resultado infructuosos todos los buenos consejos y toda mediación amistosa, iba á intervenir la Inglaterra materialmente cuando las demás potencias firmantes de la cuádruple alianza prefirieron evitar este extremo con una intervención colectiva. Las concesiones hechas á la junta revolucionaria fueron la prueba más patente de que la política francesa había quedado derrotada por la inglesa. En Atenas no fué tampoco feliz Luis Felipe. Los ingleses establecidos en Grecia habíanse quejado á su gobierno de las arbitrariedades y atropellos que el gobierno griego les hacía sufrir. Al fin llegó á apurar la paciencia del gobierno inglés el caso del judío portugués á quien llamaban *Don Pacífico*, que estaba bajo la protección inglesa y cuya casa había saqueado el populacho de la capital. Esta ocasión aprovechó lord Palmerston para acabar de una vez con la guerra subterránea que en aquel país hacían la Francia y la Rusia desde largo tiempo, en unión de Coletti, el presidente del ministerio griego, á la influencia inglesa. Lord Palmerston, sin cuidarse de lo que podía hablar el mundo acerca del abuso del derecho del más fuerte contra el débil, envió una escuadra al Pireo, el puerto de Atenas, y embargó todos los buques mercantes griegos que había allí anclados hasta que el gobierno griego hubo satisfecho las reclamaciones inglesas. Poco después, en el mes de setiembre de 1847, murió Coletti, y con él perdió el apoyo principal en Grecia la diplomacia francesa. Posteriormente, en el convenio de 18 de abril de 1850, el mismo lord Palmerston dió á la vanidad nacional de los franceses la inocente satisfacción de nombrar á la Francia árbitra, y de condonar á la Grecia el plazo que faltaba pagar de la indemnización.

Este suceso cambió la posición de la Francia, no solamente respecto de la Inglaterra sino respecto de las demás potencias. Guizot lo comprendió al instante, y al día siguiente de los casamientos españoles participó á los representantes de Prusia y Austria que la Francia sentía la necesidad de buscar el apoyo de las grandes potencias alemanas, por cuyo motivo las invitaba á concertarse con su gobierno para la protección de los intereses conservadores contra las asechanzas de lord Palmerston. De modo que la monarquía de Luis Felipe había llegado ya al extremo de renegar de su origen, carácter y elemento de vida, y de buscar su apoyo en los gobiernos que representaban los principios opuestos. Si el rey de Prusia, Federico Guillermo IV, hubiese tenido el talento de escuchar y atender el consejo de Arnim, su representante en París, de entrar en negociaciones con las Tullerías sin dejar de estrechar más y más los lazos amistosos que le unían con Inglaterra, habría evitado seguramente algunas de las tempestades políticas que sobrevinieron después; pero á semejante política se oponía su carácter indeciso y en lugar de escuchar y seguir los consejos prudentes y patrióticos de Arnim, dejóse envolver en las redes de los antiguos aliados de la Prusia hasta quedar completamente dominado por ellos.

La red fué la cuestión de Cracovia. La suerte de esta pequeña república, es decir, su incorporación á la monarquía austriaca, había quedado decidida en el año 1835 en las conferencias de Teplitz, pero no se había realizado todavía por temor á las potencias occidentales. En 1836, el Austria ocupó otra vez militarmente la ciudad y su territorio, á consecuencia de nuevos movimientos revolucionarios, pero el gobierno francés protestó contra la ocupación, y el prusiano, temblando á la vista de los resultados, que le podían acarrear un conflicto, unió sus súplicas á las amenazas indirectas de la Francia; de modo que el gobierno austriaco consideró prudente ceder, y retiró sus tropas. Después, como siguiera la república siendo centro de preparativos para una sublevación general del pueblo polaco, las tres potencias vecinas determinaron nombrar una comisión para restablecer el orden y vigilar á los elementos perturbadores. A contar desde el año 1845 tomaron proporciones muy serias los trabajos revolucionarios del partido polaco democrático (porque la emigración no había sido bastante para hacer desaparecer las divisiones interiores entre los expatriados), cuyos centros estaban en Versalles y Poitiers. Sabíase que la sublevación debía empezar simultáneamente en las provincias polacas de Prusia y Austria, en Posen, en Galitzia y Cracovia; pero el general en jefe nombrado para dirigir las operaciones militares, Mieroslawski, fué preso el 12 de febrero de 1846, al atravesar la frontera polaca; la sorpresa preparada contra las plazas fuertes de Posen y Thorn no tuvo éxito; en Cracovia, donde mandaba el dictador Tyssovski, el coronel austriaco Benedek sofocó la insurrección sin esperar órdenes superiores, al ver la consternación é ineptitud de las autoridades austriacas, y en Galitzia murió el movimiento al nacer por estar mal organizado y peor dirigido. Para impedir la repetición de tan vastas conspiraciones era menester acabar con la independencia de Cracovia, y para esto, empezó por poner término á las vacilaciones tímidas del rey de Prusia. A este efecto envió el czar al general Berg, y el emperador de Austria al conde de Ficquelmont, á Berlin, y tan bien trabajaron que el 15 de abril se firmó en esta última capital la sentencia de muerte de Cracovia, si bien secretamente, porque lord Palmerston había dicho en la cámara de los comunes que las tres potencias del Norte harían bien en no olvidar que si faltaban á los tratados de Viena en la cuenca del Vístula, autorizarían el desprecio de los mismos tratados en las del Rin y del Po. No obstante, cuando el gobierno austriaco vió que las bodas de Madrid habían acabado para siempre con la inteligencia cordial entre Francia é Inglaterra, anunció en 6 de noviembre la incorporación definitiva de Cracovia en sus Estados. Verdad es que Guizot, en su vanidad, se creyó capaz de reanudar el lazo de amistad con Inglaterra, roto tan ligeramente, y con el pretexto de Cracovia se aproximó á la potencia vecina; pero se engañó, porque fué rechazada su proposición de proceder de acuerdo; y protestando cada una de las dos potencias por separado, no espantaron á Metternich, que con su sorna insolente hasta alabó la ampulosa protesta francesa por estar «redactada con talento notable.» Luis Felipe le contestó, muy engreído de este elogio, que su protesta se reducía á palabras que á nadie perjudicaban, pero que si á algún orador se le ocurriera hablar del asunto de Cracovia en las cámaras francesas, él se encargaba de hacerle callar. Guizot añadió por su parte que si Metternich continuaba en la actitud que había adoptado en la cuestión de España, él se obligaba por su parte á apoyar al gabinete de Viena en la cuestión de Cracovia hasta donde se lo permitiera su oposición.

A haber estado Metternich menos pagado de su talento y astucia diplomáticos, habría tenido muchos motivos para